

## LA SOCIEDAD CHILENA

Hoy, la búsqueda de cualquier sociedad tiene que ver con el concepto de construir una relación decente entre nosotros, los seres humanos. Exige el ser solidario, ponerse en el lugar del otro y ser sensible con uno mismo y con los demás, asumiendo que todo lo humano nos interesa. Si bien puede ser que jamás logremos, o al menos no en un plazo humanamente predecible, llegar a una sociedad suficientemente igualitaria, donde el hombre y la mujer valgan lo mismo, desde una perspectiva moral, sin embargo, es necesario declarar que resulta absolutamente indispensable buscarla, construirla y seguir buscándola una y otra vez.

Si no lo hacemos, se va a reproducir una situación en la cual el hombre va a seguir siendo “el lobo del hombre”, tal como lo expresaba un famoso dramaturgo. Muchas veces el hombre cruel es, al mismo tiempo, cruel con su entorno e insensible con él mismo, de manera que mata su alma y sus relaciones con los otros. Es decir, elimina tanto al texto como al contexto.

Es por eso que una sociedad donde la crueldad se impone no tiene futuro como tal, ya que el concepto de sociedad cruel no existe, porque desaparecería el ideal de orden ético que la sustenta.

Asumiendo esta realidad, ¿Cómo podemos reflexionar desde allí acerca de Chile? Creo que en nuestra sociedad hay un primer gran tema que, supongo por un singular tipo de pudor, ha sido muy trivializado durante mucho tiempo: es aquel de la construcción de la alegría. Es decir, el tema de tratar de fundar una sociedad alegre.

Esto tiene que ver con la manera en que la gente usa su inteligencia. La alegría es solidaria, es tremendamente aguda, inteligente y colectiva.

Este tema de la alegría es clave, porque no es materia de los tratados convencionales de la filosofía política. La alegría aparece en la literatura, en el teatro, en la música, en el cine, pero no es considerada como un problema de la vida real y no tiene la dignidad de cátedra de los grandes temas. Y, sin embargo, la tiene de sobra.

La alegría está relacionada con la salud mental, tiene que ver con qué se hace con el tiempo libre, cómo tratamos a los otros, cómo educamos a los niños y cómo nos vemos a nosotros mismos. Y eso es justamente lo que nos falta como país. Necesitamos construir una sociedad que ría, una sociedad sensible, que recupere los espacios de reflexión, las tertulias, el tiempo libre, creativo y las ganas de compartir las utopías personales y colectivas.

La sociedad chilena ostenta los valores de una sociedad muy joven en un continente con una historia muy larga. En tanto unidad nacional, está a punto de cumplir los dos siglos. La cultura occidental de América Latina, dentro de la cual se inserta la historia de nuestro país y de la cual, de alguna manera, forma parte, es relativamente nueva comparada con las culturas originarias del continente, ya que lleva apenas dos o tres siglos.

Hago alusión a esto de los tiempos como una forma de reflejar que si los hechos históricos no son analizados en una perspectiva de mediano y largo plazo es imposible entenderlos.

Si miro una muralla desde una corta distancia, es difícil darme cuenta de que puedo encontrarme frente a la gran Muralla China, la única construcción humana que se puede ser vista desde el espacio. Simplemente por el factor de la cercanía física, no logramos advertir sus reales dimensiones.

Es el caso particular de nuestra historia, que es muy reciente. La sociedad chilena es una sociedad que nació y se construyó a partir de grandes procesos de ordenamientos de la población y la cultura, de manera muy difícil. Hacia el norte del territorio, en medio de conflictos con países hermanos y hacia el sur, con comunidades indígenas de un potencial excepcional.

Por añadidura, consignemos aquí un hecho extraño, que aún tiene secuelas culturales. Chile fue fundado en un libro.

Chile existe primero en La Araucana y después como nación. Es Alonso de Ercilla, en su poema, el que funda Chile, otorgándole ciertos rasgos muy particulares y dando origen a una gran epopeya. Ese es un tema sobre el que habría que volver, porque se me ocurre que allí asoma constantemente un mensaje que pretende ser recuperado. Pero, el hecho cierto es que Chile nace en ese contexto y dentro de un continente particular y maravilloso.

Desde ese momento, ha seguido construyéndose paso a paso entre avatares de toda especie. Su extrema lejanía de los grandes centros culturales ha permitido un proceso muy particular en el cual, casi de "oídas", hemos recibido múltiples influencias culturales, absorbiéndolas de manera especialmente diferenciada. Somos tributarios de todos los movimientos producidos tanto en Europa como en el Norte que cristalizan entre nosotros en una suerte de caleidoscopio de pensamiento y de obras.

Esta extraña mezcla es la materia prima de nuestra incipiente identidad y nos produce no pocos obstáculos a la hora de intentar un diagnóstico y una síntesis, por muy primarios que sean. Es por eso que la iniciativa que dio origen a este libro constituye un muy valioso aporte y una inmejorable instancia de reflexión acerca del lugar que nos estamos construyendo dentro de la comunidad de países de

América y del mundo. Lo que más urge, en efecto, es tratar de averiguar, con un cierto rigor conceptual, nuestro propio grado de pertenencia tanto al territorio específico de Chile como al otro de la sangre y de las raíces más profundas de este mestizaje a veces poco deseado. Creo, querido lector, que hoy es más útil que nunca “perder el tiempo” en la lectura acuciosa de textos como el que estás hojeando en este momento. En él, las voces de muchos se unen en un esfuerzo por desentrañar la esencia y los mecanismos que ponen en marcha el lento progresar de la construcción de una identidad propia como autores de nuestra historia personal y colectiva.

Sólo conociéndonos podremos re-pensarnos como ciudadanos y como nación, y con ello asumir una tarea que nos compete a todos y que no es otra que la de dar cumplimiento a los sueños colectivos que siguen habitando en todos y cada uno de los habitantes de este trozo de planeta que alguien, hace ya algunos siglos nombró como Chile, en el fin del mundo.